

FRANZ

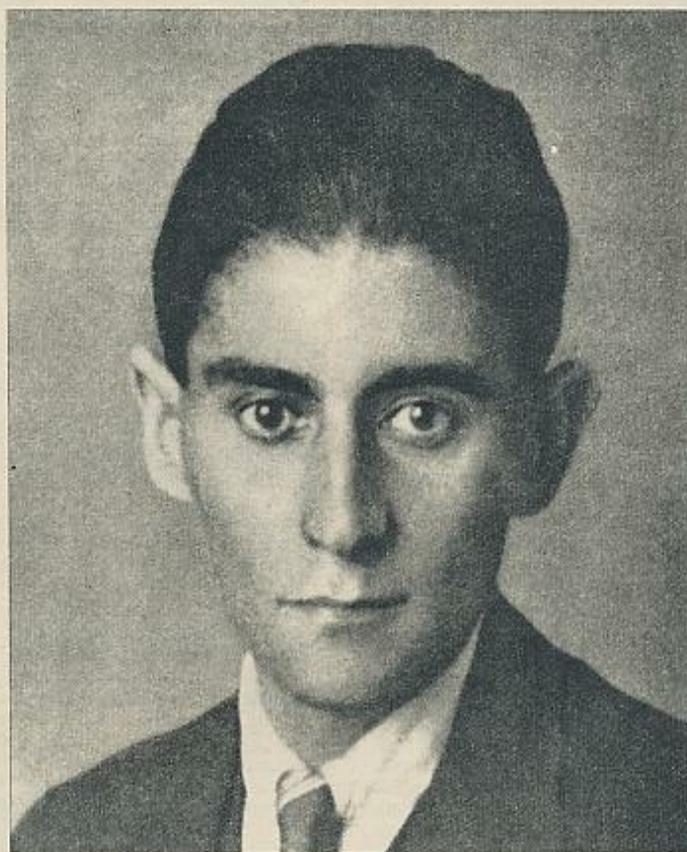
KAFKA

EL HETERODOXO

La exposición fotográfica se ha presentado en el Instituto Alemán de Madrid, paralelamente a una serie de conferencias, proyecciones cinematográficas y representaciones teatrales. El tema común era Franz Kafka. Y luego, aprovechando el material reunido, muchas de las manifestaciones se han repetido en varias ciudades españolas.

Todo empezó en realidad con el estreno del «informe para una Academia», por José Luis Gómez, en el II Festival Internacional de Madrid, espectáculo posteriormente en perpetua gira y verdadera punta de lanza de esta renovada atención a Franz Kafka. Luego llegarían las grandes fotografías, los rostros que van desde un Kafka niño, con flequillo y camisa marinera, gesto madosito de vieja postal, al Kafka enfermizo de los últimos meses de su vida. Fotos de Praga: de la casa donde nació, situada en los límites entre el elegante barrio materno y la judería del padre; de la compañía de seguros, donde consumió tantas horas desesperadas; del callejón de los alquimistas, donde vivió y escribió unos meses; de los sanatorios, donde intentó inútilmente curarse; del cementerio judío de Praga, donde sería enterrado... Y fotos también de los personajes reales de su mundo: sus tres hermanas, sus padres y algunas de las mujeres de su vida, desde Felice Bauer, con la que se prometió y rompió el compromiso varias veces, verdadero catalizador del eterno conflicto de Kafka entre su dedicación a la literatura y su deseo de casarse y tener una familia, hasta Dora Diamant, la muchacha de veinte años con la que pasó la última época de su existencia. Pasando, claro está, por la de Milena Jesenská, la más «famosa» de las mujeres de Kafka, y por la oscura Grete Bloch, citada por Franz como simple mediadora en sus interminables reconciliaciones con Felice Bauer y, en realidad, madre de un hijo de Kafka, cuya existencia ignoró siempre el padre. Fotos de los intelectuales de la época o de escritores checos que deben ser colocados al lado de Kafka. Rainer Maria Rilke, con su aire delicado, junto a Jaroslav Hasek, el creador de «el bravo soldado Schweik». Hasek, grueso, con vitalidad de taberna, nos hace pensar en seguida en Brendan Behan, aquel irlandés de «El rehén», con quien el checo guardaba una serie de sugerentes concomitancias...

Al lado de las fotografías, el salón de actos. Entre los conferenciantes, Klaus Wagenbach, uno de los grandes especialistas —otro sería el en estos



Última fotografía de Franz Kafka.

casos «infalible» Max Brod— en el tema de Kafka; proyección de la versión cinematográfica de «El castillo» y de diverso material, entre el que se echa de menos «El proceso», de Welles, bloqueado por no sé qué problema de derechos; «Informe para una Academia», por José Luis Gómez, y un «Proceso a Kafka», del que soy principal responsable, integran la parte teatral de la manifestación.

Es casi seguro que, a nivel de investigación, nada nuevo se habrá dicho o hecho en estas jornadas; también es casi seguro que nunca en la vida cultural española se planteó un trabajo

de divulgación de Kafka de tanta envergadura.

REPRESION RACIAL

El estudio de Kafka nos lleva inmediatamente a la detección de una serie de represiones, cuyo carácter, lejos de ser individual, singular u ocasional, poseen una profunda significación social e histórica. En muchos órdenes, la tragedia de Kafka resulta una clave inestimable para entender y juzgar nuestra época; extremo éste que expli-

ca la vigencia y valor de una obra literaria que algunos han tratado, torpemente, de presentar como un «caso clínico», como el resultado de una serie de circunstancias excepcionales. Kafka, tuberculoso e hipersensible, habría hecho de la realidad una pesadilla irracional; su famoso «miedo» sería una cuestión personal, desligada de los procesos optimistas de la historia. Por si alguien lo dudaba, incluso lo mejor era prohibir o entorpecer la difusión de su obra, no fuesen a ponerse en cuestión los prácticos esquemas y las mitologías ideológicas que justifican las diversas servidumbres.

En el orden de represiones que hubo de sufrir la existencia de Franz Kafka, la primera que deberíamos citar es quizá la racial, en la medida en que determinó un marco preciso e inmodificable. Praga, que era aún cuando él nació una ciudad de la monarquía austriaca, estaba habitada por tres comunidades muy diferenciadas: la checa, la alemana y la judía. Las dos primeras tenían, por decirlo así, un programa histórico. La primera aspiraba a una autonomía que, con el tiempo, le llevaría a la creación de la República Checoslovaca; la segunda tendría ocasión de expresar sus viejas aspiraciones en las horas triunfantes de Hitler, cuando las tierras checas pasaron a ser un protectorado germánico. Para los judíos siempre fue todo infinitamente difícil. Primero vivieron en el ghetto. Luego pudieron ya vivir entre los demás. Pero, en realidad, jamás fueron aceptados ni por los checos ni por los alemanes de Praga. Franz Kafka, hijo del judío Herman Kafka, sufrió toda su vida este problema. Educado en el ambiente alemán —que se consideraba más aristocrático que el checo— fue, sin embargo, un hombre desarraigado por su origen judío. Para los checos, era un judío que hablaba y escribía en alemán; para los alemanes, un judío que se empeñaba ridículamente en salirse del lugar que le correspondía...

Toda la obra de Kafka está dominada por este problema. Que no es un problema singular, según prueba el hecho de que las tres hermanas de Kafka y muchos de sus parientes murieran, cuando llegó la «solución final», en los campos de concentración, al lado de millones de judíos.

REPRESION RELIGIOSA

Si Kafka se hubiera tomado en serio las prácticas religiosas de la sina-

JOSE MONLEON



KAFKA

goga habría tenido, al menos, algo que oponer a checos y alemanes de Praga. Pero el escritor, siendo todavía niño, comenzó a aburrirse en el templo y a contemplar las ceremonias religiosas como una mascarada. Sólo, según dice, se aburrió tanto, años más tarde, en la academia de baile.

Si seguimos la vida de Kafka y nos detenemos en las periódicas ocasiones en que se interesó y desinteresó por la cultura y la religión judías, concluimos que éste fue un tema que pesó en su existencia. Vagamente, podría compararse con ciertas versiones de la «negritud» formuladas por quienes se han cansado de ser apaleados como negros a pesar de vestir y hablar como los blancos. En Kafka asoma de vez en cuando esta voluntad de enraizamiento judío, para perder así su inestabilidad y poder afrontar el desapego de checos y alemanes. Sólo que, al mismo tiempo, su lucidez le impide llegar hasta el fin: el recuerdo de las prácticas religiosas en el ámbito familiar, la asociación infantil del Arca de la Alianza a los puestos de tiro en una barraca de feria, le cierran una y otra vez el camino. Diríamos que Kafka no es tanto un hombre reprimido por la religión como una víctima del descubrimiento de su trivialidad.

REPRESION FAMILIAR

El padre es un hombre duro, que ha luchado mucho para alcanzar la posición acomodada que ahora ocupa. Su matrimonio con Julie Lowy, una señorita distinguida del Alstadter Ring, ha sido un paso importante. Herman, que así se llama el padre, procede del proletariado checo-judío, pero ha decidido educar a sus hijos en el ambiente alemán, más acorde con su nueva situación y su ambicioso oportunismo. A Franz, su único hijo varón, nacido el 3 de julio de 1883, lo prepara con la esperanza de que sea un orgullo para la dinastía. Pero las cosas le salen mal. Porque el muchacho, retraído y delicado, generalmente silencioso, no parece tener demasiado interés por el papel que se le ha asignado.

Toda la vida de Kafka está también marcada por esta mezcla de admiración y de odio al padre. A Kafka le indigna la tosquedad paterna, su brutalidad, su escaso interés por entender verdaderamente a sus hijos; y, al mismo tiempo, desde no se sabe qué debilidades, envidia su fuerza, la sencillez con que resuelve sus relaciones con la realidad. El pragmatismo y la seguridad de Herman Kafka son para su hijo una extraña mezcla de imbecilidad y buen sentido.

Kafka se sentirá arrojado de ese mundo paterno. Jamás serán comprendidos ni sus silencios ni sus cuartillas.

Encontrará aquí otro motivo para cultivar su soledad. Con sus hermanas, y muy singularmente con Ottilia, la cosa será distinta. Pero la imagen y la vivencia queda para siempre profundamente arraigada: Kafka siente que sólo él habrá de calentarse su propia estancia y que nada como la literatura podrá ayudarlo a conseguirlo...

Todavía un muchacho, la literatura es para él un instrumento de oposición a la frialdad de la vida familiar. Literatura y matrimonio se configuran así como elementos antagónicos. Esta oposición durará hasta el final y conflictuará la vida de Franz Kafka, porque interesándole, por encima de todas las cosas, su obra literaria, no deja de pensar a menudo en aquella oscura, pero firme autoridad paterna, en las ventajas del calor familiar frente a la despiadada soledad que le exige su trabajo literario.

Es seguro que un padre más comprensivo y menos despótico habría podido ayudar mucho a Franz Kafka y suavizado, en lugar de reforzar, las causas de su miedo al mundo.

REPRESION BUROCRATICA

La carrera de derecho, según dicen los padres desde hace siglos, es una «salida». Eso explica el que haya en todas partes tantos licenciados en derecho que se dedican a los más diversos oficios totalmente desilgados de los años de Universidad. Con Kafka debió ocurrir algo parecido. Estudió leyes y su «salida» —que si tenía algo que ver con sus estudios— fue una compañía de seguros. Buena, varias compañías de seguros, hasta que encajó en una que le dejaba libre a las dos de la tarde.

Toda la obra de Kafka está cruzada por la tragedia del tiempo perdido en la oficina, por el dolor de las horas «que no se dejan desarticular» y hacen del hombre un autómata. Kafka parece asumir la agonía de los millones de hombres que, en cualquier momento, consumen su existencia ante las mesas de despacho, en las ventanillas públicas, cumpliendo formalidades arbitrarias. No se trata, naturalmente, de criticar los «excesos» de la burocracia; la cosa es infinitamente más sencilla y terrible. Se trata de diagnosticar a través de su existencia la deshumanización de la vida contemporánea. Una sociedad que emplea a millones de hombres en tareas burocráticas ha de ser, necesariamente, una sociedad mal organizada, una sociedad enajenante. Este es el carácter de la acusación de Kafka: burocracia y vida social son una misma cosa, reflejan una misma manera de afrontar la realidad, es idéntica su barbarie. Por ello, «El proceso» o «El castillo» no son únicamente dos pesadillas sobre la dictadura de la burocracia y el despotismo de sus contradicciones. Son quizá eso y, al mismo tiempo, dos crónicas de la vida contemporánea. ¿A quién le sorprendería realmente recibir una citación judicial? ¿Qué procesos y vigilancias no pesan sobre nosotros

en todo momento? Y en cuanto a ese invisible poder que emana desde el fondo del castillo, ¿quién no sabe que las cosas hay que hacerlas por que así lo dictan oscuros mecanismos, razones que nosotros, visitantes en busca de acomodo, ignoramos por completo y apenas nos atrevemos a aventurar?

Kafka se plantea a menudo la posibilidad de un desdoblamiento; de seguir viviendo mientras su cuerpo real, automáticamente, realiza las tareas del despacho. Se trata —y escribir es su renovada toma de conciencia— de salvar su humanidad en medio del embrutecimiento ofinesco. Estamos, simplemente, ante uno de los innumerables testigos de esa acusación contra la deshumanización de los actos humanos, contra la incoherencia y la dicotomía de las manifestaciones del hombre. Conformista aquí, porque no tiene más remedio; compensadoramente agresivo allí, porque le es posible. Casto o impuro; duro o blando; posibilista o imposibilista; todo ello en un juego de contradicciones a través del cual se intenta conjugar el sentimiento ético con las imposiciones de la supervivencia. ¡Cuánto juez, cuánto acusador, para poder compensar los ratos en que uno se siente juzgado y acusado! Todo esto ya lo dijo Kafka. Su oficina y su proceso son los nuestros.

REPRESION POLITICA

La política es una actividad muy difícil para las comunidades segregadas. Pensemos, por ejemplo, en nuestros gitanos, que jamás intervinieron en la vida política y que, por prudencia ancestral, levantan los hombros y se marchan ante la menor sombra de conflicto. Casi lo mismo podría decirse de los negros norteamericanos, aunque a veces se integren en reducido número a la decoración democrática. Lo mismo, naturalmente, cabría repetir a costa de los judíos y de los innumerables países en que vivieron como comunidades diferenciadas. El caso de

los judíos de Praga era ése. Y Kafka, sobre el que gravitaban, además, los componentes que venimos analizando, jamás realizó lo que se llama una actividad política.

Sin embargo, en sus textos respiramos un tipo de frustración y de acusación que nacen, precisamente, de esta mutilación política del hombre. Kafka observa una realidad social que no le gusta y ante la que no puede hacer otra cosa que decirlo en unas cuartillas. En cierta época de su vida asiste a los mítines políticos, conoce las ideas socialistas, incluso es detenido, aunque, naturalmente, pague la multa para poder llegar puntual a la oficina.

Hay juicios concretos, como aquel en el que califica de «nido de burócratas» a la compañía de seguros y se muestra entristecido por el respeto de los obreros asegurados. «En lugar de destruir el establecimiento, vienen y suplican». También hay otro que solicita una larga meditación. Fue hecho por Kafka, cuando aún era muy joven, al cruzarse con una manifestación de obreros que desfilaban con las banderas rojas desplegadas: «Son dueños de la calle y se creen dueños del mundo. Y, sin embargo, se equivocan. Tras ellos avanzan ya los secretarios, los burócratas, los políticos profesionales, todos esos sultanes a los que ellos preparan el acceso al poder. La revolución se evapora y sólo queda entonces el ceno de la nueva burocracia. Las cadenas de la humanidad torturada están en papeles de ministerio».

Otra vez la palabra burocracia, entendida como esa barrera que impide al protagonista de «El castillo» o de «El proceso» intervenir en la realidad, es decir, realizar junto a los demás una actividad política.

REPRESION DE LA ENFERMEDAD

Llegó un momento, después de infinitas vacilaciones, en el que pareció

Casa natal de Kafka, en Praga.





Oficina donde Kafka trabajó desde 1908 a 1922.

que la boda de Kafka con Felice era inevitable. Fue exactamente entonces cuando surgió la tuberculosis, cuando escupió sangre. Inmediatamente se impuso el rompimiento, y el propio Kafka se preguntó si la enfermedad no habría sido un acuerdo entre su cerebro y sus pulmones tramado sin que él mismo lo supiera. La paradoja, enormemente rica dentro de la personalidad de Kafka, fue que la tuberculosis le hizo libre y le permitió alejarse de Felice. Diríamos que se trató de algo completamente lógico en la vida del escritor y que surgió como consecuencia de una serie de hechos y de interrogaciones precedentes.

Examinado así el problema, la «enfermedad» no es, pues, el origen de una actitud y de una literatura, sino su resultado. La propia Milena Jesenska, la mujer más vital y brillante de su vida, convertida luego en destacada periodista checa, escribiría a la muerte de Kafka la siguiente nota necrológica: «Sus libros son los más significativos de la joven literatura alemana. En ellos se nos ofrecen sin partidismo las luchas de las generaciones de nuestro tiempo. Poseen una auténtica desnudez, que queda expuesta con más naturalidad aun cuando se expre-

sa por medio de símbolos. Tiene la ironía seca y la sagacidad sensitiva del ser que supo mirar al mundo con una lucidez tan sutil que no pudo soportar su espectáculo y tuvo que morir».

LA REPRESION DE LA HISTORIA

Kafka murió el 3 de junio de 1924, en el sanatorio de Kierling, cerca de Viena, acompañado por Dora Diamant, una muchacha judía de veinte años. Se arrancó el neumotórax y prefirió morir a sobrevivir unos días con ayuda del pantopón y la morfina.

Años después, Hitler prohibiría sus obras. También lo harían el realismo socialista. Milena moriría en Ravensbrück. Y también morirían en campos de concentración sus tres hermanas. La policía buscaría en casa de Dora Diamant los últimos manuscritos para destruirlos...

Estos son algunos aspectos de este Kafka, heterodoxo, lúcido y delicado, al que acceden ahora —o renuevan su aproximación— muchos de los que asisten a las manifestaciones organizadas en su honor. ■ J. M.



P
POTENS
RELOJ SUIZO